

Murcia, 7 de Noviembre de 1978

Mi querido y buen amigo Tomás:

¡No puedes imaginarte cuánta alegría me ha causado recibir tu carta! Emanaba melancolía, pero también increíble entusiasmo, digno de un espíritu que se halla totalmente vivo. Por otra parte, tu letra es firme; conserva su encantadora estructura de caligrafía de niño. Yo no puedo ya escribir a mano: veo mal, y mi pulso tiembla. Poseo la misma melancolía que tú, pero carezco de ese entusiasmo que aparece en ti. Tu carta, pues, me ha servido de lección y ayuda, a través del ejemplo que allí das de vitalidad y de fe en ciertos valores, amén de esperanza en el futuro próximo.

No creo, querido Tomás, que tu dedicación al Derecho haya sido causa de tu poca obra literaria o filosófica; tampoco creo que haya determinado tu vida, concebida como un conjunto de comportamientos. Desde hace más de veinte años, sostengo, como hipótesis privada, que en tu vida ha influido erróneamente la idiosincrasia de tu familia. Se trata, desde luego, de una mera hipótesis, que tú podrás analizar y dar como cierta o como falsa más acertadamente.

De todas formas, ni el Derecho ni tu familia, aunque resultara verdadero que ella ha determinado ciertos comportamientos tuyos, tienen nada que ver con tu poca obra. La causa de ello es tu talante, que ha pretendido siempre producir un libro total, donde "todo estuviera comprendido"; la consecuencia ha sido un aplazamiento continuo. Como querías escribir "sub specie aeternitatis", has actuado, dicho sea metafóricamente, como si habitaras la actualidad eternal, no el tiempo.

Igual me ha ocurrido a mí. Mi vida no ha estado determinada por el Derecho, sino por la miseria económica continua, constante que aun no ha cesado. Pero tampoco ha sido la miseria, sino el talante, la causa de mi poca obra; ese talante ha querido también escribir "sub specie aeternitatis", y el resultado ha sido como el tuyo: un aplazamiento continuo.

No es malo querer escribir "sub specie aeternitatis"; antes bien: no merece la pena hacerlo de otra manera. Pero sí resulta malo aplazar, pues vivimos en el tiempo. A nuestra edad, muchos de los hombres que algo legaron, ya habían muerto. El tiempo, Tomás, ya no es, para nosotros, una planicie sin límite, por donde paseamos, como lo

fue en la época juvenil, sino un enemigo que nos arrebató, instante a instante, la existencia. Te propongo, pues, escribir en lucha contra dicho enemigo, pensando en la muerte y en la necesidad de no haber pasado en balde por aquí abajo. ¡Hagamos un esfuerzo, desde ahora, y ayudémonos mutuamente en ella! Reanudemos, ya a las puertas de la vejez, nuestra amistad de la juventud y hagamos el último esfuerzo por alcanzar lo que nos propusimos de jóvenes: que la muerte no nos destruya para siempre.

Ingenuamente, alguien podría pensar que tú has tenido mejores condiciones que yo para hacer una obra extensa, ya que la fortuna económica te ha sonreído siempre. ¡No en balde sonrío la fortuna a veces! También deviene ingenuo imaginar que yo he tenido peores condiciones que tú para producir una obra larga, ya que la miseria económica, y sus problemas me ha abrazado como esposa fiel. ¡Tampoco en balde visita la miseria al espíritu! Quiero expresar con esto que la fecundidad o infecundidad no se deben a causas exteriores, y que no soy tan insensato, ni tengo tan mala fe, como para achacar mi falta de obra a la pobreza, una mera anécdota.

Tengo que hacerte una confidencia: durante ocho años, casi nueve, he tenido una amante, una profesora de Instituto de Enseñanza Media, que conocí cuando ella tenía veintinueve años. Al cumplir los treinta y ocho, se ha convertido homosexual, en menos de quince días, y ha decidido traer a su casa una mujer, su amante, para vivir con ella. Esto ha sucedido en enero de 1978, y me ha producido una depresión tan inmensa que me ha conducido a las puertas de la demencia. La depresión se ha manifestado en mí como "la pérdida de la subjetividad"; he dejado de ser sujeto, y me he convertido en "un objeto consciente". Esta sensación resulta una vivencia terrible y angustiosa. Al perder la subjetividad, he perdido el sentido del presente, y, en consecuencia, el *tedium vitae* ha comparecido en mi ánimo como un mal sagrado. Mi amante hacía me sentirme joven; al desaparecer, y de esa manera tan inesperada, me he situado, de repente, en la edad que tengo; por vez primera, me he experimentado en el zaguán de la vejez. He sufrido, y sufro, mucho.

Cuando vaya a Madrid, tal vez este mismo mes, te llamaré. Un abrazo cordial y melancólico:

Miguel